todas las cosas, en lo más alto del éter luminoso é inaccesible; la fórmula creadora, cuya resonancia prolongada, compone, con sus ondulaciones innagotables, la inmensidad del universo." (18)

Y bien, ese axioma QUE SE PRONUNCIA POR SI MISMO. ¿No, es el Verbo Eterno que resuena eternamente en las alturas?

Bossuet y Lacordaire demuestran con admirable lógica, inspirándose sin duda en Santo Tomás, la existencia de Dios por la de las verdades absolutas. Ese axioma, esa verdad eterna, inmutable, absoluta y que se entiende á sí misma, pues consigo misma conversa, á SI MISMA SE PRONUNCIA, ¿qué nombre tiene si no el de Dios? Taine no lo mentó, pero lo confesó; llamóle Verdad, pero la Verdad es su primer nombre.

Spencer hace al final de su *Sociología* esta hermosísima confesión que en mi concepto echa por tierra su sistema:

"Sólo hay una verdad que siempre será luminosa: la de que existe un Ser inescrutable, manifiesto dondequiera, y del que no se pueden concebir el principio y el fin. En medio de los misterios que llegan á ser más obscuros mientras más los ahonda el pensamiento, se oculta una certidumbre absoluta, á saber, que siempre estamos en presencia de la Fuerza infinita y eterna, de donde proceden todas las cosas." (19)

Muy bien; pero estas preciosas confesiones que los católicos recogemos y guardamos como prendas de victoria, pugnan con el sistema, aún parecen arrancadas inconscientemente como las predicciones del Profeta, y Taine y Spencer, como Comte y los más francos y denodados positivistas, no son más que ateos, al menos en la cátedra y en el libro, si no en el fondo del corazón. (20)

¡Y qué amenaza para el mundo el ateísmo, ya no crudo, ya no brutal, como el de Holbach ó de Clotz, sino disfrazado de ciencia; ateísmo que no siempre niega lo sobrenatural, pero que por sistema lo ignora; que pone á la razón la barrera infranqueable de lo INCOGNOSCIBLE, fuera de los hechos que caen bajo los sentidos, y que, por lo mismo, implícitamente, al menos, niega á Dios, pues éste no existe si no se dá á conocer y no es nuestro fin, si no se presenta como tal

á nuestra naturaleza, es decir, á nuestro entendimiento!

¡Peligro inmenso para la humanidad! Ya la filosofía incrédula no engaña sólo á los sabios; ya descenderá más bajo aún, hasta el mismo pueblo, hasta la masa anónima; ya se aliará con el socialismo y le quitará su único freno: la esperanza.

Hay que hacer justicia á Comte, y confesar ingenuamente y sin ambajes, porque la verdad nunca perjudica, que fué un genio. Platón, Sócrates, los filósofos antiguos y los modernos, han pretendido en vano la popularidad, y Napoleón se burlaba de esos maestros cuya filosofía, apenas al pasar el umbral de la escuela, muere como la princesa de la fábula.

Augusto Comte, para lograr popularidad, tuvo que prescindir de la ciencia, porque el vulgo nunca es sabio; tuvo que inventar un sistema plebeyo, acomodado á todas las clases; tuvo que democratizar la razón y la despojó de sus galas; tuvo que convertirla en pedestre haciéndola andar por la acera. Pero logró la popularidad, al menos en buena parte, bien que por poco tiempo. Ya veremos después que el positivismo, si no expiró, ya está expirante en Europa (*le positivisme est aux abois*—decía un gran orador francés) y si entre nosotros todavía vive, bien que muy raquíticamente y suele cacarear en periódicos y tribunas, es que caminamos á la zaga de la civilización, al grado de que Europa nos precede muchos años, pudiendo decir que en el banquete del progreso, apenas nos tocan, y esto fiambres y trasnochados, *los relieves del yantar,* como dice Pereda.

Pero bien, Comte impuso al siglo el positivismo (21) y éste no encontró más valladar que la Iglesia, que nunca tuvo frente á frente enemigo más formidable por el número y por las armas, por la calidad de sus adeptos, difíciles de persuadir por serlo de aprender por método y sistema, pues encastillábase en la fortaleza casi inexpugnable de la ignorancia.

Parece mentira que un hombre que tal vez murió loco y arrastró miserable vida (22) haya logrado tanto ascendiente sobre el mundo; pero pensando en lo efímero de la obra, ya no sentimos tal extrañeza, y la popularidad nos parece muy explicable, según ya hemos

dicho, porque el positivismo aparecía en época de poca fe y la razón sin ella es náufrago que se agarra al primer asidero.

Según la ley histórica que hemos estudiado, la Iglesia debería apercibirse á la nueva lucha, robusteciendo sus fuerzas naturales, y limpiando y afilando sus mejores armas.

A la teoría de los incognoscible, debería contestar con solemne reconocimiento de lo sobrenatural; á la doctrina de los tres estados que supone la civilización enemiga de la Cruz, con un manifiesto de su fe siempre viva y robusta, pues que ha sido madre y amparo de la civilización moderna; al desprecio sistemático del principio y del fin, la declaración de un dogma que encierra todos los principales del cristianismo: la Trinidad, el pecado, la redención y la inmortalidad.

Ante la nueva filosofía, se irguió la fe, y en el tesoro del Evangelio y de la tradición halló una verdad antigua en que habían creído siempre los Padres, los teólogos y las multitudes; pero que aún no se enseñaba por el supremo magisterio de la Iglesia; verdad que encerraba el Cristianismo entero de manera que la declaración era un desafío al panteísmo que niega la personalidad divina (23); al naturalismo bajo todas sus formas, cuando la afirmación de lo sobrenatural no podía ser más alta y solemne; al positivismo, que en sus sueños morbosos, soñaba en el advenimiento de la edad científica, é iba á ver al mundo, de hinojos, á los pies de un anciano que le mostraba el cielo.

Newman decía que el siglo XIX necesitaba nueva revelación, ó estaba perdido. Pues bien, la primera parte de la profética disyuntiva se cumplió, y comenzó para la humanidad nueva era de esperanza.

* * *

Aquí deberíamos ya poner punto á este interminable artículo; pero al hablar del ateísmo de Comte, no puedo abstenerme de decir tres palabras acerca de otro más nocivo y pegajoso: del de Spencer.

A pesar de que el filósofo inglés sostiene que su filosofía se compadece con el ateísmo, el panteísmo y la creencia en un Dios personal, creador y legislador de

todas las cosas, su sistema, lógicamente examinado, es ateísmo en puridad, como vamos á demostrarlo luego; que no podemos resistir á la tentación de presentar al filósofo como es, poniendo de relieve, mal que pese á sus admiradores, su pobrísima dialéctica. (24)

Spencer confiesa, y negarlo sería destruir la razón por su base, que tratándose del origen de las cosas, una de estas tres proposiciones tiene que ser verdad: *O el universo existe por sí mismo, ó se ha creado á sí mismo, ó debe la existencia á un agente exterior.* (Palabras textuales). (25)

Tan sencilla y natural exposición basta para convencer al buen sentido de cuál sea la verdad; pero veamos lo que piensa el filósofo de las tres hipótesis. ¡Pobre ciencia moderna!

Confiesa paladinamente repugna á la razón que el universo sea el ente necesario, pues al cabo de varias consideraciones enrevesadas y obstrusas, fundadas en una famosa teoría suya en que se confunde infantilmente (26) la imaginación con la concepción, acierta á decir que en tal hipótesis el mundo tendría *un pasado infinito, lo que repugna, pues un pasado infinito es un infinito terminado.*

En efecto, aunque Spencer no formule su pensamiento así, diremos que si el pasado del mundo fuese una serie infinita de momentos, como tendría que ser si existiese por sí mismo, tropezaríamos con el número INFINITO EN ACTO, cosa imposible.

Tampoco se ha creado el mundo á sí mismo—dice el filósofo—porque una potencia no puede ponerse á sí misma en acto, con lo que no hace más que expresar substancialmente el principio aristotélico de que *todo lo que se mueve se mueve por otro,* y en este punto, fuera de Bedlam, (27) no habrá quien no esté de acuerdo con él. Pero también en su concepto, *repugna á la razón su tercera hipótesis,* y resulta que el ilustre Spencer se queda sin ninguno de los tres miembros de la proposición y que el pobre hombre no sabe qué pensar.

Pues una de las tres cosas tiene que ser cierta, y si se aclara que ninguna, podemos agregar algún otro miembro á la proposición; cualquiera cosa, como la

de que el mundo lo hizo Inglaterra en las fábricas de Manchester, por ejemplo.

Un perro—cuenta Santo Tomás—seguía una pista, y se encontró en una encrucijada hecha por tres caminos: rastreó en uno, y no halló la huella; husmeó en el otro, y tampoco la descubrió, y entonces ya sin buscar nada, hizo este *raciocinio*: (al menos así lo supuso el cazador) "no por éste, no por aquél, luego por el otro," y tomó el tercer camino sin vacilar.

El perro estuvo más afortunado que el filósofo. No se creó el mundo á sí mismo, no existe por sí mismo, luego lo creó una causa superior, dice cualquiera, POR MAS QUE NO CONOZCAMOS LA NATURALEZA DE ESA CAUSA, y ante el pensamiento clarísimo, inconcuso, casi evidente de ese Ser Supremo, se descubre y se inclina, como Newton.

Spencer confunde lamentablemente la esencia con la existencia de Dios, y no comprendiendo la primera, deduce que no existe la segunda, deducción que sería exacta si encontrara contradicción realmente; pero que no puede serlo supuesta la falsedad de los dos términos de la proposición, CUANDO EVIDENTEMENTE tiene que ser verdadero uno de los tres. Además, la razón del filósofo para hallar implicación y contradicción en los términos de la esencia divina, es baladí, y ni San Agustín, ni Santo Tomás, ni Bossuet, ni Balmes, se necesitan para descubrir el sofisma que puede refutarlo cualquier seminarista vulgar. (28)

Spencer, á ese respecto, hace suyo el siguiente miserable sofisma de Mansel: "Pero estas tres concepciones, la causa, lo absoluto, el infinito, todas igualmente indispensables, ¿no se contradicen entre sí cuando se las considera como atributos de un mismo ser? Una causa no puede, como tal, ser absoluta; el absoluto no puede, como tal, ser una causa. La causa, como tal, no existe sino en sus relaciones con el efecto; el efecto es un efecto de la causa. Por otra parte, la concepción del absoluto implica existencia posible fuera de toda relación. Intentamos escapar de esta aparente contradicción introduciendo la idea de sucesión del tiempo. El absoluto existe primeramente por sí mismo, y en seguida llega á ser causa. Pero aquí nos detiene la tercera concepción, la del infinito. ¿Cómo el infinito puede llegar á ser lo que no era en el principio? Si la causación es un modo posible de la existencia, lo que existe sin ser causa no es infinito, lo que llega á ser causa ha traspasado los límites primitivos...." (29)

Como se ve, todo el sofisma estriba en esto, ya mejor formulado por la escolástica como objeción: Lo infinito es inmutable; si Dios es causa ha habido en El mutación, porque la causa al obrar se mueve (movimiento es tránsito de la potencia al acto): luego Dios no es infinito. (30)

El error, como se ve á las claras, consiste en suponer que la causa al obrar se mueve, ó, haciendo uso de los términos de Spencer, que al producir el efecto no es lo que era antes. ¡Qué grandes pensadores son estos positivistas!

Dios es un acto puro—dice Santo Tomás—lo que quiere, lo ha querido siempre, y no se altera, por lo mismo, su naturaleza ni su voluntad, porque el efecto decretado *en la eternidad en el tiempo se verifique.*

Con tan sencillas palabras, ¿no está resuelta la objeción satisfactoriamente?

Ahora bien, que no se comprenda cómo Dios es infinito, eterno, inmutable, es muy diferente de sostener que entre sus atributos haya contradicción.

Si discurro como el gran Spencer, acabo por negar la existencia de los cuerpos. En efecto, ó éstos se reducen á elementos simples, ó son divisibles hasta el infinito, y como no entiendo ni una, ni otra cosa, lo más acertado sería decir que no hay cuerpos.

Pero el hecho es, como se ha visto, que Spencer, que encuentra contraria á la razón la existencia de los dos primeros extremos de su tesis, afirma encontrar el tercero, y que por lo mismo, niega su existencia, pues nada existe contrario á la razón, ó no podemos tener conciencia de nada, y debemos caer en el pirronismo más completo, ó más bien, debemos anular la razón y destruir la ciencia misma.

Sigue el gran Spencer en la tarea ingrata de atacar á Dios y abandonando á Mansel, se echa á campar por su respeto, y dice que no se compadece la existencia del mal con la de un ser infinitamente bueno. Si

Dios quiere el mal—dice—su bondad no es infinita, y si se verifica sin su voluntad, ésta se halla limitada.

¿Qué es lo incognoscible para Spencer, Dios ó el mal? En la duda diría yo que el segundo; pero él no, porque lo ve, lo palpa, y no discute su existencia ni por un momento: luego no cree en la existencia de Dios, porque de dos cosas contradictorias, una tiene que existir solamente.

Pero de la existencia del mal, deducir la no existencia de Dios, es deducir que un cuadro no tuvo autor, porque nos parece incompleto.

El mal no es más que resultado de imperfección de la libertad humana. El mal es negación que Dios no ha creado; el mal no es sino la desviación del orden de un ser libre. Si Spencer hubiera leído á San Agustín, á Santo Tomás, á todos los grandes teólogos y filósofos católicos, se habría formado concepto exacto del mal y no habría tomado como argumento invencible una mera objeción de principiante.

Para suprimir el mal, habría que suprimir la libertad. Dios respeta sus obras. Si hace la libertad humana, es para no aniquilarla, porque nada aniquila, y la aniquilaría si no la dejase elegir entre las cosas que la solicitan en diversos sentidos.

Santo Tomás ya expone como objeción, y con más fuerza, el argumento de Spencer, y lo contesta con su acostumbrada sencillez y claridad.

"Una cosa infinita—dice—destruye la contraria. Todo el mundo entiende por Dios el bien infinito: luego si Dios existiese, no existiría el mal. El mal existe en el mundo: luego Dios no existe." (31)

El Angel de las Escuelas contesta la objeción, de este modo: "Dios, siendo el sumo bien, nunca permitiría el mal en sus obras, como dice San Agustín en el *Enchiridión,* si no fuese omnipotente y bueno para sacar el bien del mal." (32) Es decir, si Dios permite el mal, es siempre bajo la razón de bien, como el médico corta y quema para curar.

Un ser libre imperfecto, desde el momento en que su libertad es imperfecta, puede delinquir; pero Dios permite tal desorden como sabio, porque respeta esa libertad, y como poderoso y bueno, para sacar de la

prueba el mérito; del pecado, la justicia; y del arrepentimiento, la misericordia.

Dios (lo que no ve Spencer) hace del desorden moral un orden superior; es decir, como afirma Santo Tomás, convierte el mal en bien, y así, por la ciencia y la bondad divinas, todo cuanto acaece en el universo es bueno.

Un gran compatriota del triste Spencer, Pope, expone en versos magníficos ese pensamiento cristiano: "La naturaleza—dice substancialmente— es arte ignorada; la causalidad, dirección oculta; la discordia, armonía no entendida; el mal parcial, bien universal; y, pésele á la razón orgullosa, esta verdad brilla en el universo: *cuanto acaece es justo.*" (33)

Shakespeare expone en estos hermosísimos versos el mismo pensamiento:

"Tongues in trees; books in the running brook;
sermons in stones, and good in every thing." (34)

Consuela pensar que Inglaterra siempre ha de sentir, como sus inmortales poetas, y tras de poco tiempo ya no se acordará del filósofo.

Otros argumentos expone el sabio inglés, para demostrar que la tercera hipótesis, la de que el mundo fué creado por un agente exterior, es contraria á la razón; pero son aún más baladíes que los referidos, y no saco de todo ello más que la verdad psicológica de que adelante hablaré.

Por ejemplo, de la existencia del espacio deduce también el pobre hombre que Dios no existe, "pues si el espacio ha sido creado—dice—es preciso que no haya existido antes, y NO HAY ESFUERZO MENTAL CAPAZ DE HACERNOS IMAGINAR LA NO EXISTENCIA DEL ESPACIO," y si no ha sido creado (así completo yo el pensamiento), ya tenemos un segundo ser necesario, lo que repugna. Si la no existencia del espacio—agrega—es inconcebible absolutamente, se sigue por necesidad que su creación es también absolutamente inconcebible.

En primer lugar, Spencer supone que el espacio es una cosa positiva, idea enteramente falsa, indigna de un sabio, y que causaría la hilaridad de cualquiera de

nuestros estudiantes. El espacio no es la extensión, como creyó Descartes, sino la negación de la extensión, pero aún suponiéndolo algo positivo, no veo la menor repugnancia en concebir que pueda perder la existencia, y lo que sucede al poco afortunado pensador, es que no puede imaginarse el universo sin el espacio, y sigue en su confusión ridícula de imaginación y concepción.

Supóngase el mismo argumento formulado de este modo: no puedo concebir que en alguna parte no haya silencio ó soledad ú obscuridad: luego estas cosas han existido siempre, no son creadas, y ya tenemos algo coexistente con Dios y contrario, por lo mismo, á la noción de lo absoluto.

¿A quién se le ocurrirá decir que el silencio, la soledad, la obscuridad necesitan crearse, cuando consisten sólo en la CARENCIA de sonido, de toda clase de seres y de luz? Pues lo mismo sucede con el espacio; que es sólo CARENCIA DE CUERPO. Pero también si aquellas negaciones tuvieran existencia real, claro es que podrían perderla, y de seguro no la habrían tenido alguna vez, pues toda cosa finita necesita principio.

¿Cómo se explica que un hombre como Spencer, profundamente erudito, infatigable observador, que en muchos otros puntos da pruebas de verdadero talento, caiga en tan crasos errores, indignos de cualquier ignorante?

Monseñor Mercier (35) el gran filósofo de Lovaina lo admira muchas veces tratándose de otras materias, y á nosotros que apenas hemos saludado la metafísica, luego que habla de Dios, nos hace reír, como si oyéramos á un loco. ¿Qué fenómeno es éste?

Ernesto Hello, el altísimo pensador, hablando de Víctor Hugo, le aplica la siguiente fábula:

"Un pintor y un pensador viajaban juntos. El pintor, servidor fiel é inteligente, cubría de tiempo en tiempo con un manto de púrpura las espaldas del pensador."

"Pero bien pronto nació y creció en su corazón el proyecto de viajar solo, para ser el amo, y el deseo de despojar á aquel á quien debía servir."

"En cierta encrucijada, el pintor, embriagado de

orgullo á causa de los encantos de su paleta, se arrojó traidoramente sobre el pensador, enredóle en torno del cuello el manto rojo con el que habíale prometido adornar sus espaldas, y lo extranguló en vez de ataviarlo."

"He aquí la historia de Víctor Hugo. En él viajaban el pintor y el pensador." (36)

En Spencer, como en Taine y como en otros impíos, viajan unidos la ciencia y el orgullo. ¿El segundo llegará á matar á la primera? Algunas veces sí pero por lo común, si no la extrangula con el manto, sí se le echa á la cara, cuando ella quiere levantar los ojos al cielo. El orgullo y Dios son enemigos irreconciliables.